

neo; y cuanto más apretaba los párpados, más y más se aferriaba el constante recuerdo; impotente para luchar con su propio pensamiento en las obscuridades de su cerebro, abrió los ojos, encandilóse, giró la vista por todos los ángulos del cuarto, y al volver á familiarizarse con aquellos objetos vivos que lo arrancaban de un pasado muerto, se fué descolorando poco á poco la visión retrospectiva de su pasada existencia, y una pesadez de cabeza y un calofrío de cuerpo inundó todo su ser enfermó.

Había cesado el efecto sedante del baño! Había cesado el efecto sedante del baño! Había cesado el efecto sedante del baño!

XXIV

RRRRRR! RRRRRR! RRRRRR! RRRRRR!
Y las gallinas en parvadas acudían á la puerta del corral, atraídas por el ruidoso llamar de Micaela, quien con el delantal arregazado, para contener el abundante y codiciable grano, iba sacando de él puñados de la matinal pitanza para arrojarla, aquí y allí, á la ansia loca de las hambrientas gallináceas.
El gallo venía capitaneando el tropel, la cresta y las carúnculas rojas, avivado el ojo y recios y corvos los sañudos espolones, con un ¡co! co! co! co! en el pico inquieto, al que contestaban las gallinas sometidas á su sultánica voluntad con cacareos más ó menos ruidosos y prolongados; todas se disputa-

ban el matutino grano y acechaban la ocasión de alcanzar por cachaza lo que no podían pillar con maña. Micaela, para provocar la avidez de la banda, dejaba de echar maíces; entonces se retiraban á sus acostumbrados sombreros, ó acudían al agua fresquita del *tlacuacón* para beber á picotadas, levantando luego el pescuezo y avizorando el ojo hacia la puerta del corral.

Y volvía el *¡rrrr!* *¡rrrr!* *¡rrrr!* *¡rrrr!* ríspido á rehilar en la boca de Micaela, y las gallinas tomaban á correr, menudeando los triángos las más espigadas, contoneándose las muy gordas y quedándose atrás las papudas de acompasado y tardío paso.

Y á todo regalo fué el comer y picar con hartura y cacarear con algarabía.

Allá en el nidal se hispaba la clúeca, que, por su estado, de noche no pudo engarbarse con sus compañeras, y escondía debajo de sus esponjadas plumas las tiernas babecitas, de picos abiertos y ojos

diminutos, que ruidosamente piaban; de entre la espesura de un breñal salió otra gallina con su pollada en pos del alimento cotidiano, y eran de verse el garbo insolente, el canto fanfarrón de los pollancones, implumes y raquíuticos, levantando revuelos y echando valentías, sin asomo de cresta ni punta de espolón, y los precoces rodeos á las pollas nuevas de pico puntiagudo, recortada cola y alisado plumaje!

Acabó Micaela de tirar el maíz, y antes de atrancar la puerta del corral se fué á los nidales: en este, dos huevos; en ese, tres; y en aquel, uno; total: media docena que aumentarían el acopio de ellos.

Las aves, no hartas todavía, rodeaban á Micaela y la ensordecían con sus insesantes cacareos, cuando no le picaban los pies ó levantaban el torpe vuelo hasta el delantal.

Teniendo el gallinero al frente hizo, como de costumbre, el recuento, y á la

primera ojeada notó que le faltaban una «ceniza» y dos pollos «roncos»; buscó debajo de todos los yerbazales y en todas las nidadas y ¡nada! que las perdidas no parecían por ninguna parte!

—«¡Señora Petral! ¡Señora Petral! ¿qué por allá no se ha dado una gallina ceniza y doj pollo ronco?»

—«¡Por aquí no, Micáila! Me parece que laj vide pasar pa en cá de seña Cata! . . .»

—«¡Toitos lo díaj echo de meno, cuando no una gallina, un pollo! Van á acabar con mij animale ejta endemoniáa gente! . . . ¡Hambrientas! ¡ladronas! . . .»

«¡E muy bonito que yo ejté criando pechuga pa que otra con la mano en la cintura se la coma!»

—«¡Oigasté, seña Micáila, eso de ladrona y hambrienta lo será osté y tóa su parentela! ¿sabe? ¡Aquí no ha venío nenguna gallina, ni pollo, ni naita ansina de pluma! Yo dende tempranito me pego á mi batea y maldito si

me importa osté y su gallina y su pollo. . . y su pinta toa! . . .»

—«¡Guena ejtá la santita del Señor! . . .»

«¿Con que osté nunca se ha cogío ni un alfiler ni medio partío por la mitá? * . . .»

«¿Y lo güevos que me cogía del nidaj el arrastráo de su nieto pá dirlos á cambiar por cirgüelas pasa á la tienda de la ejquina?»

«¿Y la polla «canela» que le saqué de una canajta que ejtaba abajo la cama? . . .»

«¡Mire, doña Cata, nó me haga hablar, que yo no tengo pelo en la lengua y le digo quién é el güevo y la pata que lo puso! * . . .»

—«¡Cállese, cállése, señora Micáila, porque hay díaj que no ejtá uno pa aguantar y hoy é uno de tanto! . . . Si osté estuviera metidita en su casa, naita de eso pasara! . . . Pero cómo tóo el santo día se lo pasa osté con un pie en cá del vecino y otro en la calle, arresulta que ansina, ansina anda su casa y su gallina y su . . .»

— ¡Chó! ¡Vieja chijmosa, euredaó-
ra, metiche! *

— ¡A su gallina! ¡relambía, cochina, sinvergüenza!

— ¡Orita mesmo le voy á arrancar la lengua! ¡y no le voy á dejar á osté un pelo en esa cabeza de lechuzab!

— ¡Atrévase! ¡Atrévase! ¡Y verá osté cómo sale sin moño y dejtré-
zaa de acá dentro!

— ¡Lo que había osté de hacer, é pa-
garle á mi manío los cinco churo que aflo-
jó de multa pa que saliera de la gayera
el sinvergüenzo de su hijo! ¡Ese
borrachín, ese demoño que anda por ahí
sin Dios y sin santa María!

— ¡Y osté no meterse en vidaj aje-
na! ¡Voy á llamar orita mesmo al
Jué de barrio y verá cómo le abaja esos
humo que tiene! ¡Tóo porque tuvo la
suerite de engaratzar* al bendito de
Chencho, y ponerle el grillete, y darle á
beber qué sé yo que bebistrajó pa po-
nerlo atontáo y! . . .

— ¡Cállese, vieja, bruja, ladrona, bo-
rrachalín!

— ¿Borracha ices, maldecía? . . .

— ¡Sí, borracha y muy borracha! . . .

— ¡De juro que ya se echó osté el primer
trago! . . . ¡Jedionda á aguardiente y á
purita mierda!

— ¡Sí, porque dende que
la conocí no se ha bañado ni una solita
vé! . . . ¡Ja! . . . ¡Ja! . . .

— ¡Dice que
se pajmia y que le dan ejcalofío y tóo
pa no jondearse* al agua! . . . ¡Cochi-
na!

— ¡Puerca! . . .
Y Micaela, con un sofocón que le cor-
taba las palabras en la boca, se metió
como un huracán deshecho á su casa;
en tanto la vieja Cata quedó acordándo-
se de toda la ascendencia y descendencia
de Micaela, no bajándolas de rameras y
dejándolas como Dios puso al perico.

— Pasado un buen espacio llegó Chen-
cho; pidió con empeño el desayuno, y
viendo que Micaela tardaba más de la
cuenta en traerlo, exclamó furioso:—

— ¡Mé dáj ta bebía ó no, Micálala!

—Mira, mira, no me alevantes el gallo que no ejtoy ora pa que naidén me estropé, ¿oyes?

—¿Y á mí qué? —
—Que ejtoy como agua pa chocolate!

—Y yo como pa pelar chivos!

—Eso náa má me faltaba, que viniera tú á colmarme el platito *

—Yo mando aquí y á mí naidén me retruca, ¿ejtamo?

Micaela puso un corto mantel sobre una más corta mesa; trajo la ventruda taza llena de humeante café clarinete y unas piezas de pán.

—Ora atipujátelo* tú, que yo ya bebí muinas!

—Caracho* pa la mujercita ejta, tiene un geño de los demoños!

—Eso tú! que siempre anda a gritos y sombreroazo!

—Ya ejtoy jarta de tu mal trató!

—¡Vamoj, vamoj, no te jagas la gata maísa, que tú ere la endiabláa!...

Micaela comenzó á llorar llevándose las puntas de delantal á los ojos.

—Qué desgraciáa soy! Bien me stoecía mi tía!... que no me casara.

—¡Los ombres toitos son iguale!... los salváos!... que... que... que!... los

alozos no dejaban terminar á Micaela.

—¡Mi... mi*... ya vaj á babear!... sigue con tu lloriqueo cojo el sombrero y me largo y no güelvo jasta mañana!

—¡A mí qué me importa!

—¡Ve ónde se te pegue tu rial gallo!... ¡jijí! ¡jijí! ¡jijí!... y déjame en pán!

—¡Ay, ay!... ¡qué de jgraciáa soy! — Y Micaela seguía gimoteando.

Chencho la miraba de reojo y se emaulaba de un sorbo de tazona de café;

cabando, encendió en los llameantes tones de la cocina un puro reseco y humoso, que levantaba flama, para designar su humilde y pobre condición; se

casquetó el sombrero, se lió el pañuelo de lacre* en el cuello, y salióse para

la calle cantando un estribillo de farfaba aún aquella gracia, aquella simpadango, mientras Micaela quedaba hechada, tras de la cual se habían ido tantos una Magdalena, retorciéndose los brazos hombres con piropos necios y floreatos y con el grito en el cielo. . . . indiscretos; en sus ojos, grandes, negros serenos, brillaban las luces de la juventud, con fulgores de la antorcha de Cupido, con esa lumbre en la cual Chencho quemó sus naves de tenaz conquistador. . . . Y Micaela confiaba en sus engos y negros, que llegaban hasta besarle los tobillos; tan abundantes y sedosos. Acabadas estas reflexiones, y muy saá la sazón, que nada que habían amenguado su primitiva grandeza y su admirado esplendor; tomó el peine y los alisó con sumo cuidado, dejando caer cascada de ébano de la rica crencha sobre el regazo, para culebrearle las sortijadas puntas por entre los pies; seguida los trenzó de nuevo; ciñóse la cabeza con ancha cinta roja; cortó un jazmín rosa, del patio, lo colocó con quetería entre la cinta y se miró al espejo: tenía enrojecidos los ojos y húmedas las pestañas; pero su rostro conse-

la calle cantando un estribillo de farfaba aún aquella gracia, aquella simpadango, mientras Micaela quedaba hechada, tras de la cual se habían ido tantos una Magdalena, retorciéndose los brazos hombres con piropos necios y floreatos y con el grito en el cielo. . . . indiscretos; en sus ojos, grandes, negros serenos, brillaban las luces de la juventud, con fulgores de la antorcha de Cupido, con esa lumbre en la cual Chencho quemó sus naves de tenaz conquistador. . . . Y Micaela confiaba en sus engos y negros, que llegaban hasta besarle los tobillos; tan abundantes y sedosos. Acabadas estas reflexiones, y muy saá la sazón, que nada que habían amenguado su primitiva grandeza y su admirado esplendor; tomó el peine y los alisó con sumo cuidado, dejando caer cascada de ébano de la rica crencha sobre el regazo, para culebrearle las sortijadas puntas por entre los pies; seguida los trenzó de nuevo; ciñóse la cabeza con ancha cinta roja; cortó un jazmín rosa, del patio, lo colocó con quetería entre la cinta y se miró al espejo: tenía enrojecidos los ojos y húmedas las pestañas; pero su rostro conse-

del padrino «Pajarito» que le decía á su ahijado:

—¡Siempre te he dicho que erej muy bruto!... Con ese trato vaj á poner á ahijáa hecha un chiltepín*... ¡A la mujere ni sogá larga ni corta!... ¡No te nerlas muy amarráas!... ¿Me entien des?...

—¡Güeno díaj, ahijáa!

—¡Muy güeno los tenga osté, padrino!

—¡Hay que echarle maj agua á lo frijole, unque queden cerrero,* porque voy á armorzar acá!

—¡Ejtá muy penco* el armuerzo!

—¡Ni que comiera yo pechuga de ángele.

—Si Chencho me hubiera alvertido que go ejta mañana, con retorcerle el puchuezo á una gallina y hacer un puchero... ¡Pero voy á frir uno güevos y...

—¡Náa, náa de apurarse por tan poca cosa, que toito ha sío purita guasa!... Yo ya armorcé dende laj once... é hora y no la varío por nengún motivo

Onde igan que me gujta comer puntual á mí, má que sea un juile hervío con apazote!...

—Con que ya sabe, Chencho, náa de golver á laj andáas ni meter la pata ni... no olvides mi consejo!...

«Pajarito» se despidió á tiempo que Chencho partía en dos pedazos una redonda tortilla y se servía copiosas cucharadas de sopa en el hondo plato.

—¡Jasta luegoito!

—¡Adioj, padrino!

...

—¡Oye, Micáila!

—¿Qué quieres, Chencho?

—¿No sabe lo que pasa?

—No sé de qué me hablas!

—Pué que «Pájaro» entro* de poco va á ser rico, muy rico, tanto, tanto, que la verdá á mí me va á dar pena saludarlo!... Afigúrate que un señor Licenciáo que anda por aí muy catrín,* se lo lleva náa meno que á ver á su pápa... al pápa de «Pajarito»... que hacía un

montón de años que no lo veía... ¡Cómo tierra!... ¡Quién lo creyera!... De que no se conocían ni uno ni otro!... ¡Valiente* albañil, probe meramente como ya, que la cosa se me representa como si, ¡ha pasáo á rico!... ¡Mira que la cojuera cuento de una de esa novelas que se pa hacerse cruce y rezar ejta noche me lías jace poco!... Entonce verá el rosario de la aurora! ¡Y á que no sa-Micáila, entonce veráj que á «Pajarito» por qué se arriesgó á dir?... ¡Pué le llamarán de Don y el señó fulano por que el Licenciáo (una persona muy aquí, y el señó fulanejo por tóos, láos, sea y escribía), demptué de hablarle con porque el dinero é lo que vale en ejtasa sabeduría que Dioj le ha dáo, vien-maldito mundo!... Ha de saber que todo que por ái no conseguía que «Pápadrino toító ejto me lo anunció aquellero» juera, acató á nombrarle la hija que ocasión que me jué á ver dempué de tiene el muy reserváo de nuejtro padriaguacero muy juerte que caía... ¡tano... (aquella de que te he habláo ripiti-acuerdas?... ¡Jaste la pata!* ¡Cuand las vece y muy en secreto)... ¡Y por su lhanos «La Mujer Adúltera!»... ¡Ya re-hija va, sí, por su hija!... ¡Porque ice flejas!... Bueno; pué esa vez me conté que él pa qué quiere dinero!... ¡afigura que lo llamaba su pápa; ¡pero que él me tú!... ¡En ejte caso no hay que buj-quería dir por haches ó por erres!... ¡carle el pico al jarro, Micáila!

La cuistión que ejtaba resuelto á que... ¡Que me lo vengán á ofertar á mí y tóo se lo llevara la trampa; pero ái tie veráj cómo orita mesmo levanto el güenes que ejte Licenciáo, que sabe onde lo!... ¡y ojos que te vieron dir!... Me le aprieta el zapato, le ha dáo en el cla largo por ái á conocer tierras y á dar me vo al asunto, y «Pajarito» irá á recoger muncho gujto, y en seguidita me planto má plata que la que menéa un temblo aquí muy paquete con reló y liontina,

pa que rabien «Timpilla», «Gañote», «Sapo» y sobretóo, el fachoso* de «Pelitos». . . Y tóos eso peláo verás: cómo me saludan y me langüan* y yo tan serriote. . . ¡Y á tumbarse á la bartola, á no trabajar! Y tú muy guapa con una nagua jasta allá y muchoj arrumaco en la cabeza y mucho rechino en los pies y eríaa pa tóo, y. . . ¡Mujer, si no me responde á náa? ¿Toavía te dura la moña?*

—¡Pero, enjilano, si no me deja hablar!

—¡Pué habla, hija, habla!

—Yo me alegro mucho que mi padrino llegue á tener eso que tú íces. . . porque al fin y al cabo lo merece. . . é muy güeno y de juro que sabrá emplear su dinero sin díplo á tirar con los amigos en rumbantela* y fandango. . . como harías tú. . . en caso de ser el de la plata! . . .

—¡No, hija, no! ¡No é lo mesmo tener cuatro trñte fieros* que ser tóo un acar-

daláo! . . . Entonce sí que se le acoge apego al dinero y no quiere uno que se le acabe. . . ¡al contrario! Desea uno que se umente eáa día, como las gallinas ponen güevos. . .

Pidió Chencho la última taza de café para redondear el almuerzo, y allí quedó el comentario acerca de la marcha del padrino con el Licenciado.

—¡Pero, enjilano, si no me deja hablar!

«Pajarito» había levantado bollo á bollo y por propia mano la casa de material,* que se ostenta hoy donde fué casuca de palma y yagua; único legado que le dejó al morir su buena madre.

En el fondo del espíritu rústico, pero sensible del albañil, hubo un escrúpulo antes de echar por tierra aquellos vestustos y acomejenados tabiques de madera y aquella techumbre de palmas, renovadas á cada paso por la ardentaría del sol que las quemaba y por la fre-

cuencia de las lluvias que las pudrían hasta la médula; pensaba en que destruir la casucha donde vivió los desgraciados años de una niñez desvalida en compañía de su madre, era una profanación, algo así como quemar los restos de un recuerdo para esparcir por el viento sus cenizas; pero pudo más el anhelo arraigado de levantar nuevos y macizos muros, alto caballete y extendido techo, fuertes y redondos pilares, amplio corredor y alzada tapia, por donde salieran á relucir la hacendosidad y á proclamar la economía del laborioso «Pajarito»; y abajo vino el techo miserable de palmas; la ahumada y endeble armazón de cañas de otate; las paredes de yagua encalada, para quedar un montón de escombros y un plano extenso, sobre el cual habríase de fabricar la nueva casa.

Al cavar los cimientos surgió una dificultad: el guayabo, que, viejo y desgredado al presente, obstruía la línea

dentro de cuyos puntos se ensancharía la casa de material;* nuevos escrúpulos y otras meditaciones vinieron á suspender la obra por un par de días, al fin de los cuales «Pajarito» se resolvió á erradicar el guayabo, domeñando las ternuras de niño con las energías de hombre; y en aquel par de días, cómo acudieron á su memoria las horas fugaces y apacibles en la soledad callada del anchuroso patio!

De aquella hojarasca enmarañada, — en la que venían á picotear las gallinas del vecindario, — tomaba punto para recordar los renuevos del naranjo, los brotes del *apompo*, los cogollos del guayabo y los vástagos del *jobo* que llegaron á hojas en plena primavera; con susurros ledos al impulso de la brisa; con bramidos broncos al ímpetu del austro y con sinfonía selvática, impetuosa y bélica cuando el viento del norte soplabá meciendo y cimbrando las copas pobladas y ruidosas y los brazos parrados de los do-